

Contra las expulsiones y las anacronías: movimientos vivos para la recuperación de los sentidos de la educación. entrevista a Mariana Maggio⁽¹⁾

Maria Marta Yedaide⁽²⁾

Resumen

Esta conversación con Mariana Maggio— en la que el diálogo via correo electrónico supuso una suerte de “hacking del tiempo y el espacio” sin detrimento para el acercamiento, el saboreo y el deleite propios de los encuentros esperados—recorre maravillosamente y con gran lucidez una opción pedagógica que asume intensidades revolucionarias. Identificándose como docente, investigadora y tecnóloga educativa, Mariana hilvana sus posicionamientos epistemológicos, inquietudes ético-políticas y miradas pedagógicas con un sano empeñamiento por tensionar todo aquello que expulsa y argumentar a favor de una educación que valga la pena. En el surco que van dejando sus convicciones en el relato es posible encontrarse con herencias vivas, personajes y episodios queridos y pregnantes, y un conjunto de vocaciones alrededor del trabajo colectivo, la exégesis descarnada de las condiciones sociales, y la producción de prácticas y dispositivos educativos (así como su

Summary

This conversation with Mariana Maggio— in which e-mailing has meant “hacking time and space” without the loss of the intimacy and joy that characterize face-to-face intercourse—wonderfully presents a pedagogic option with revolutionary intensity. As she identifies herself as a teacher, researcher and educational technologist, Mariana matches her epistemological, ethical-political and pedagogic stances and concerns with a stubborn willingness to unsettle the expulsive tone of present societies and foster the pursuit of an education which is worthy. In her narrative we read about living legacies, the beloved and influential characters in her life, as well as her passion for collaborative work, the acute exegesis of social conditions and the production of educational practices and devices that are capable of transforming themselves and reality. Technology and politics are here intertwined, as the rejection to technocratic rationalities and applicationist bias lead to proposals that enhance civic autonomy and human

conceptualización y fundamentación) capaces de transformar y transformarse. Tecnología y política se entraman aquí en profunda intimidad mientras se resisten sesgos aplicativos y racionalidades tecnocráticas, avalando con prácticas (colectivas) muy concretas las pulsiones creativas de los sujetos y su soberanía. Sobrevuela el diálogo la confianza en la educación pública como posibilidad real—una a la medida del mundo actual—. Esta posibilidad, además, recupera el sentido primigenio de nuestra tarea; en palabras de Mariana, “En definitiva, se trata de volver a lo que nos distingue como educadores: la promoción del encuentro, el reconocimiento del otro, la profundización del diálogo, el tejido de redes y, por supuesto, la construcción del conocimiento”.

Palabras clave: Educación Superior, Pedagogía, Tecnología

creative power. Confidence in the political possibilities of a higher education that suits the actual contemporary world prevails in Mariana’s views as she exhorts us to recover the core meaning of our work as educators. As she says, “It is a matter of returning to what is proper of education: fostering encounters, recognizing the other, stimulating dialogues, constructing networks, and producing knowledge”.

Keywords: Higher Education; Pedagogy; Technology

Fecha de Recepción: 12/09/2018
Primera Evaluación: 17/09/2018
Segunda Evaluación: 20/10/2018
Fecha de Aceptación: 01/11/2018

María Marta Yedaide (MMY): Para comenzar, me gustaría proponerte que te presentarás ¿Cómo te gustaría hacerlo?

Mariana Maggio (MM): Siempre digo en primer lugar “soy docente” e inmediatamente hago más las palabras de Phillip Jackson “creo que la enseñanza me mejoró”. Ser docente configura mi modo de mirar el mundo, mis ansias por transformar lo que veo, junto a otras y otros, y mi obsesión por tensionar las condiciones que sostienen prácticas arcaicas. Por supuesto inmediatamente viene la mirada de investigadora, que también me atraviesa, y que me lleva todo el tiempo a pensar que necesitamos tener una visión descarnada e interpretativa que nos permita actualizar los marcos para poder sostener perspectivas de transformación contemporáneas, que den cuenta del tiempo en el que nos toca vivir y educar. Docente, investigadora y, por supuesto, tecnóloga educativa. La marca del campo se expresa por lo menos en dos planos. La mirada creativa y la convicción de que todo está por inventarse marcan una posición que, lejos de la marca instrumental de origen, aborda la problematización –con espíritu freiriano—y diseña, construye y desarrolla desde un punto de vista crítico en una escena que es política y que requiere avanzar hacia lugares más justos, de más igualdad económica, social y de género en un mundo que, como bien dice Saskia Sassen, tiende a la expulsión. La otra marca es la de una alerta frente a todo lo que está

cambiando a medida que hablamos, tendencias que en muchos casos están entramadas con las tecnologías de la información y la comunicación, que se aceleran y que no siempre nos resulta sencillo identificar y comprender lo cual, además, debe hacerse con una cierta urgencia. En los últimos años me concentré especialmente en esta cuestión y esto me llevó, junto al equipo, a lugares que resultaron no solo muy prolíficos en términos de la creación sino también muy valorados por las y los jóvenes estudiantes, que se sienten interpelados por prácticas que conectan con sus modos de ser y hacer en el mundo.

MMY: En tu libro Reinventar la clase en la universidad reconocés la influencia de Edith Litwin y las cátedras que has conformado en tu ser docente/profesional. ¿Qué otros actores y experiencias han sido decisivos en la definición de los rumbos pedagógicos que has tomado?

MM: Una vez más diré que soy la docente que soy porque fui y sigo siendo discípula de Edith Litwin, en un diálogo que perdura y que se actualiza cada vez que preparo una clase. Como escribí en más de una ocasión, de los inmensos aprendizajes que tuve con Edith, la categoría de metaanálisis estructura el conjunto. La idea de distanciarse de la clase que acabamos de dar para explicitar lo que allí sucedió desde una perspectiva didáctica es de por sí

revolucionaria. Pero si eso se convierte en una suerte de “ojo ilustrado”, en el modo en que lo plantea Elliot Eisner, se vuelve una revolución en nuestra vida. Cuando doy clase, en el acto de dar clase, imagino todas otras las alternativas que estoy dejando de lado y eso me lleva a construir argumentos muy sofisticados que sostienen cada una de las decisiones que tomo. Cuando entro a una clase como investigadora, tengo una conexión bastante lábil con lo que allí se dice, porque todo el tiempo la pienso en términos de su configuración didáctica y en todas sus alternativas.

Hace ya tiempo advertí una conexión entre esta mirada y la pasión que Edith tenía por el arte. De su profesor memorable de Historia General del Arte, Julio E. Payró, me dijo “te atrapaba su mirada” y nosotros, sus discípulos, quedamos en cierta forma atrapados, para bien, en su mirada didáctica. Acá es donde mi historia como discípula de Edith se junta con la de haber sido alumna del artista quilmeño Aldo Severi, que me enseñó a mirar las huellas de los pinceles impresionistas y a recrearlas. Todo se cruza, en modos que no fueron sistemáticamente planeados pero que sí son las influencias articuladas de los maestros en nuestras vidas, que emergen de formas sorprendentes e inspiradoras.

Además, tuve el privilegio de hacer mi formación universitaria en la segunda parte de la década de 1980, con la democracia recuperada. Además de Edith, fui estudiante de la mejor generación de pedagogos y

pedagogos que uno pueda imaginar. Cecilia Braslavsky, Norma Paviglianiti, Regina Gibaja, María Saleme, Ángel Diego Márquez, Alicia W. de Camilloni y Marta Souto fueron solo algunos de mis docentes de grado. La creación de la Maestría en Didáctica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en 1993, completó el ciclo con docentes como Cristina Davini, Lidia Fernández, José Antonio Castorina, Gloria Edelstein, Susana Barco, Clotilde Yapur, Ángel Rivière y Mario Carretero, entre otros.

Aquí reconozco tres marcas decisivas. Una es la mirada epistemológica: mi deuda con Alicia W. de Camilloni sobre la que escribí hace poco, a raíz de otra invitación de la Universidad de Mar del Plata. Alicia trabajó sistemáticamente la epistemología de la didáctica en un seminario de posgrado que cursé al poco tiempo de recibirme y que luego integró el curriculum de la Maestría. En cierta forma me pasa lo mismo que con la noción de metaanálisis: el modo de pensar epistemológico marca, desde entonces, mis construcciones y especialmente la reflexión acerca de la compleja relación entre tecnología educativa y didáctica. La segunda marca, que recuerdo casi con dolor, viene de la mano de María Teresa Sirvent. María Teresa dictaba el taller de Metodología de la Investigación en la Maestría, una de las experiencias pedagógicas más intensas de mi vida. En el ejercicio de revisar mi plan de tesis advirtió, con su mirada sin igual, un claro sesgo hipotético deductivo, derivado de nuestra fascinación por los

debates cognitivos de la época. Esa intervención no solo me llevó a cambiar el plan de modo rotundo, sino que fue un golpe de gracia dado a tiempo para toda la investigación sobre configuraciones didácticas que Edith dirigía. Nuestra deuda con María Teresa es inmensa. La tercera marca deviene del paso de Alicia de Alba por la Maestría. Allá por la década de 1990, la aproximación a Wittgenstein y los juegos del lenguaje fue de una fuerza inusitada. Prácticamente corrí atrás de Alicia hasta México y me quedé junto a ella haciendo una pasantía en la UNAM. Y allí aprendí mucho más cuando la acompañé a la ciudad de Xalapa y asistí a sus sesiones de trabajo con tesis. Aprendí escuchándola y aún sin saber que en mucho de eso se iba a convertir mi vida.

MMY: Enseñanza poderosa, inclusión genuina, reinención, inmersión, alteración, hackeo del tiempo y el espacio, vitalidad y riesgo parecen ser algunos de los pilares de tu postura pedagógica. ¿Cómo se enlazan en ella, y a propósito de estos pilares, lo tecnológico y lo político?

MM: Lo político y lo tecnológico están enlazados en la economía, en la sociedad, en la cultura y en nuestra vida de modos que se vuelven cada vez más explícitos. En tiempos de inteligencia artificial y posverdad, donde las democracias son interpeladas y en los que las formas del capitalismo post industrial expulsan, necesitamos

comprender de modo cada vez más crítico los desarrollos de las tecnologías de la información y la comunicación. Pero además necesitamos reconocer cómo nos atraviesan, generar nuestras propias experimentaciones, tensionarlas, comprender sus límites y alcances y crear otras nuevas. Mi punto de vista es que esto tiene que ocurrir en las clases de cualquier campo, reconociendo las particularidades que tienen las expresiones tecnológicas en él y desde una mirada que alcanza lo epistemológico.

En parte por eso en los últimos tiempos hice el ejercicio de rearticular las categorías que mencionas, que son construcciones de distintos momentos, en una especie de marco que definí como didáctica en vivo. La didáctica en vivo lee las tendencias culturales que hoy están profundamente entramadas con las tecnologías de la información y la comunicación y las incluye en construcciones originales, invenciones, en el plano de las prácticas de la enseñanza. Esto de ningún modo vuelve a lo artefactual o lo instrumental. Al contrario, parte de un reconocimiento crítico, pero pone en juego alterando y explorando. A partir de allí podemos crear construcciones de nuevo tipo que están orientadas por el sentido político que nosotros otorgamos. Doy un ejemplo para ponerlo en términos muy concretos. Si nuestros estudiantes viven en Instagram, incluso cuando están en clase, hay dos caminos. Uno es hacer de cuenta que esto no sucede y profundizar el vacío que se interpone entre nosotros y ellos como

sujetos culturales diferentes. El otro es reconocerlo y trabajarlo en la propuesta pedagógica. En nuestro caso desde hace años hacíamos reconstrucciones narrativas de las clases que nos daban mucho trabajo y también nos parecían muy bellas y que publicábamos en Facebook. Este ejercicio abrió las puertas a un diálogo amoroso con nuestros colegas de otras facultades y universidades. Pero la realidad es que nuestros estudiantes, prácticamente, las ignoraban. Desde que empezamos a publicar historias (“*stories*”) de las clases en Instagram a medida que la clase tiene lugar, lo cual también altera la dimensión temporal, el estudiantado sigue las historias con pasión. Incluso si llegan tarde a clase, saben lo que está sucediendo a través las historias. Esto contribuyó a generar un movimiento a través del cual tanto docentes como estudiantes empezamos a analizar muy seriamente la fuerza de estas y otras historias para instalar temas en la opinión pública, por ejemplo, haciendo que las invenciones que suceden en clase y su fuerza transformadora se expandan a muchas otras y otros como expresión política. En estos términos todo está por construir, si dejamos de pensar y hacer la clase como un lugar de repetición del saber construido y la empezamos a reinventar como un motor de construcción de conocimiento original propio de su tiempo y con la capacidad de generar desde su espacio transformaciones en el más allá. En el fondo es un tema de didáctica, pensada, diseñada, actuada y reconstruida analíticamente en vivo.

MMY: ¿Cómo se expresa este abordaje en el trabajo sostenido del colectivo #MovimientoTecnEdu?

MM: De un modo bastante simple, al encarar estas búsquedas fuimos advirtiendo que no son trabajos que se puedan hacer en soledad. Y no pasa tampoco por la grupalidad de la cátedra, que es una idea que valoramos mucho pero que en cierta medida quedó atrapada en roles estáticos que, además, están claramente asociados a distinciones entre clases teóricas y prácticas, seminarios y talleres, y semejantes que cada vez nos resultan más anacrónicas. Nuestra experiencia nos llevó a construir esta idea de movimiento que tiene el centro en el co-diseño y la co-creación desde una perspectiva mucho más horizontal que incluye al estudiantado. Esto no implica que desplazemos nuestra responsabilidad por la enseñanza. Al contrario, implica hacernos cargo de la complejidad que conlleva en la sociedad contemporánea en las que las formas de construir y difundir el saber mutan aceleradamente hacia expresiones de la inteligencia colectiva. Diría que así se expresa en el plano de nuestro espacio en la carrera de Ciencias de la Educación y en la Facultad de Filosofía y Letras, sabiendo que esas expresiones también pueden mutar.

Por otro lado, están los emergentes que van más allá y que plantean articulaciones con colectivos mucho más amplios, en otras facultades y

universidades, en institutos superiores de formación docente, en escuelas de todos los niveles, en otras organizaciones y en la comunidad en general. Allí vemos un diálogo que se profundiza y se amplía con muchas otras y otros que están en búsquedas semejantes. La didáctica de sesgo clásico es hegemónica y no alcanza con que haya ciertos *clusters* donde se generan disrupciones. Tampoco con que empujemos innovaciones de autor, las que por otro lado han existido desde siempre. Si queremos escapar a las racionalidades técnicas que se generan desde los lugares de poder y que, muchas veces, a la hora de empujar la innovación acuden a perspectivas del siglo pasado que ya sabemos que no funcionan tales como la visión mágica de la tecnología, la sustitución del profesor y la evaluación punitiva, entonces debemos tener construcciones hechas con largo alcance. Y los entornos tecnológicos, especialmente las redes sociales, nos permiten generar encuentros muy convocantes entre quienes generamos transformaciones, las documentamos, las reconstruimos teóricamente y trabajamos para que cada vez seamos más. Esto tanto en el plano de los sujetos como en el de las instituciones y las organizaciones gremiales y siempre con inscripciones locales fuertes. En definitiva, se trata de volver a lo que nos distingue como educadores: la promoción del encuentro, el reconocimiento del otro, la profundización del diálogo, el tejido de redes y, por supuesto, la construcción del conocimiento, todo pensado y hecho como política y en articulación con las

políticas públicas.

MMY: Hace muchos años, en una clase de posgrado Edith Litwin nos propuso pensar qué enseñaríamos si sólo dispusiéramos de cinco minutos. Si bien es posible que hayas respondido a esta consigna ya, y más de una vez, una didáctica en vivo-- tal como la concebís y proponés-- invita a una renovación permanente. ¿Podrías, entonces, contarnos qué enseñarías hoy si tuvieras sólo 5 minutos?

MM: Si solo dispusiera de cinco minutos trabajaría para desarticular el sesgo aplicativo que atraviesa el modo clásico de hacer la enseñanza. Pondría en acto una situación donde a partir del análisis se explicitara el lugar que juega la teoría como lugar acabado, más allá de que digamos lo contrario. Y haría un ejercicio donde como contracara se abordara una situación compleja que reflejara la necesidad de construir conocimiento original para interpretar y cambiar la realidad. Creo que si somos capaces de enseñar eso en cinco minutos el efecto es explosivo en el buen sentido. Muestra la capacidad que tiene la universidad para construir conocimiento original, no solamente en el ámbito de la investigación sino también en el de la docencia y en el de la extensión, y la obligación que emerge asociada a ello. No podemos seguir haciendo en clase lo mismo que hicimos en los últimos siglos porque las formas en que se construye el conocimiento

cambiaron y lo harán en los próximos años mucho más aceleradamente.

Ahora si me quedara otro minuto, lo dedicaría al sesgo evaluativo. Para que recordáramos, cada vez que estemos en clase, que lo que enseñamos no puede estar encorsetado por la idea que tengamos acerca de lo que vamos a evaluar. Ojalá seamos capaces de generar algo tan original y transformador que todos hayan aprendido mucho más allá de lo previsto, profundamente, y que cuando llegue la hora de evaluar ni siquiera sea necesario hacerlo.

MMY: ¿Qué soñás para la educación en general y la educación universitaria en particular en este tiempo-espacio que habitamos?

MM: Desde hace un tiempo vengo trabajando las series de televisión como objetos culturales contemporáneos y la experimentación de sus formatos me llevó a la construcción de la idea de formas alteradas para la clase, como aquellas que escapan de modo sistemático a lo que Edith denominó la secuencia progresiva lineal. En ese momento dije que, estando la categoría construida, ya era momento de dejar este objeto cultural en busca de otros que configuraran nuevas tendencias. Sin embargo, en 2018 decidí que iba a volver a las series para enfocarme en las distópicas, que nos recuerdan a esas grandes distopías que antes nos trajeron la literatura y el cine. Así decidí trabajar con *Handmaids' Tale*,

Mr. Robot, *Westworld* y *The expanse*. Cada una, a su manera, nos lleva a reflexionar sobre futuros muy oscuros, marcados por la vuelta de formas de autoritarismo religioso, la expansión de las megacorporaciones, las formas de control asociadas a la inteligencia artificial y las nuevas formas de discriminación y exclusión a escala interplanetaria. La clase, a diferencia de casi cualquier otra, no dejaba lugar a la esperanza, en coincidencia con el momento en que Jair Bolsonaro ganaba la presidencia en Brasil. Al hablar de esta clase, el equipo me señaló su oscuridad, más allá de la propia de las series, rasgo del cual me hice y hago cargo. Mis sueños utópicos donde alcanzamos la justicia social, donde cada joven tiene la posibilidad de ir a la universidad —porque terminó los demás niveles del sistema educativo y las condiciones acompañan para que la finalice—, donde se alcanza la igualdad de género en la sociedad y se elimina la pobreza, entre otras cuestiones, siguen siendo los mismos. Pero el mundo cambió y tiende a la expulsión de la sociedad. Entonces creo que tenemos que ser muy claros y concretos: tenemos que trabajar denodadamente en todos los niveles del sistema educativo por una educación que resista la expulsión en todas sus formas.

En la universidad ello implica que todos puedan acceder pero, lo subrayo, que creemos condiciones para que todos la terminen. Desde mi punto de vista eso se juega en cosas que parecen mínimas, por ejemplo, en cómo recibimos al estudiante en clase, hasta en las múltiples

alternativas que tenemos que crear para que aprendan y aprueben cada una de las materias. Y, por supuesto, en que se gradúen con una formación actualizada que les permita acceder a las mejores oportunidades en el mundo del trabajo. Parecen cuestiones básicas, pero no lo son si miramos la cantidad de estudiantes que abandonan la universidad. Por supuesto, la construcción de mejores propuestas requiere condiciones, institucionales y laborales incluyendo las salariales, que las garanticen y un apoyo sostenido a todas las funciones

de la universidad, tanto en el grado como en el posgrado. Son tiempos muy complejos y esas condiciones están lejos de ser garantizadas, en nuestro país y en la región. Pero recupero la esperanza cada vez pienso que sí somos capaces de reinventar una universidad que con perspectiva política, conocimiento original y prácticas coherentes sea capaz de concebir y ayudar a que se pongan en juego futuros inclusivos en los que los sueños de cada uno y todos sean realizables.

Notas

(1) Doctora en Educación, Magister y Especialista en Didáctica y Licenciada en Ciencias de la Educación de la Universidad de Buenos Aires. Profesora Adjunta Regular. Área de Tecnología Educativa. Departamento de Ciencias de la Educación. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Directora de la Maestría y Carrera de Especialización en Tecnología Educativa. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Directora del Proyecto: “El re-diseño de prácticas de la enseñanza en escenarios de alta disposición tecnológica y en el marco de colectivos, comunidades e instituciones”. Programación Científica UBACyT 2018. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación. Publicó recientemente *Reinventar la clase en la universidad* (2018) Buenos Aires: Paidós.

(2) Doctora en Humanidades y Artes, con mención en Ciencias de la Educación (UNR); Especialista en Docencia Universitaria y Profesora de Inglés (UNMDP). Docente, investigadora y Directora del Departamento de Ciencias de la Educación, Facultad de Humanidades (UNMDP). Docente e investigadora del Departamento de Gestión Cultural de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño (UNMDP). Miembro del Grupo de Investigaciones en Educación y Estudios Culturales del Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Educación (CIMED), y Co-directora de Proyecto en el Grupo de Investigación en Cultura, Educación Superior y Disciplinas Proyectuales (FAUD). Directora Asociada de la Revista Entramados-Educación y sociedad. myedaide@gmail.com